

# M Una ARTISTA Monumenta

POR: PILAR CALDERÓN | FOTOS: CARLOS TOBÓN

Aunque Sophia Vari lleva más de 35 años al lado de Fernando Botero –lo cual naturalmente la hace un personaje apetecible para los medios y la socialité tanto criolla como internacional–, esta vez (como muchas otras) no se trata de Botero. Se trata de ella, de su obra. De esas imponentes esculturas con las que está recorriendo el mundo y del inmenso significado que tiene para ella y para su país adoptivo, Colombia, que hayan llegado a Cartagena y se hayan convertido en este fin de año en uno de los íconos de la ciudad.

Hace unas semanas está instalada en una pequeña casa de Rionegro, donde ella y Botero tienen, desde hace algún tiempo, un  *pied-à-terre* en Antioquia, la tierra del maestro. Es una casa sencilla, que Botero le compró a ojo cerrado a una prima. Cuando llegaron a verla, se encontraron con una hermosa casa tradicional antioqueña, llena de luz, de color y de ese inequívoco olor a la tierra de uno. La de Botero pero también la de Sophia, que no solo lleva más de tres décadas viniendo a Colombia y tiene pasaporte colombiano, sino que habla y siente el país como si fuera de ella. “Me siento colombiana y paisa”, dice. “He aprendido a querer este país a través de Fernando y de estar con la gente y conocerla”. Y ese sentido de pertenencia fue el que precisamente la llevó a dar un sí rotundo cuando su galerista en New York desde hace 25 años –la colombiana Nohra Haime que tiene ahora una galería en Cartagena– le propuso traer sus esculturas monumentales a la Heroica. No era una tarea fácil. Traer más de una docena de esculturas cuya altura supera los 4 metros desde Europa, es una tarea compleja. Y aún más ubicarlas en una ciudad como Cartagena, con plazas pequeñas llenas de restaurantes y lograr que se sientan como

Sophia Vari está de moda. Tras la exposición de 15 esculturas monumentales en Cartagena y la donación de una de ellas a la ciudad, todo el mundo quiere conocerla y hablar con ella. *Diners* visitó en su estudio de Rionegro (Antioquia) para conversar del arte del amor y de la vida.

parte de la ciudad. “La gente debe sentir las esculturas parte de su cotidianeidad”, explica Sophia. “Y en Cartagena lo logramos”. Como prueba de ello menciona la actitud de uno de los vecinos del restaurante La Vitrola, que pintó su fachada en los mismos colores de la escultura ubicada frente a su casa. Una de esas esculturas se quedará para siempre en Cartagena. “Es un regalo a mi segunda patria, como el que le hice a Grecia”.

A sus 71 años, que no revela y tampoco niega, Sophia Vari es una mujer altísima y muy delgada, con una belleza que trasciende el paso del tiempo, pero sobre todo con una serenidad y una sabiduría interiores que hacen honor a su nombre. Cuando habla es fácil percibir en ella la inmensa pasión que siente por lo que hace y sobre todo, la infinita satisfacción por la vida que ha elegido, como artista y como mujer. Aunque viene de una familia de políticos –su abuelo fue presidente de Grecia–, desde muy joven supo que su camino era el arte. “Sentía que no podía respirar sin expresarme de

alguna manera”. Pero encontrar el camino no fue fácil. “Quería hacer escultura, y por lo que traía de la tradición de la escultura griega, me parecía difícilísimo. Eso empecé con la pintura. Creía que más fácil poner una tela y pintar sobre ella. Pero siempre fui un escultor que pintó. Yo necesito tocar. Las mujeres somos físicas que intelectuales”. A los 35 años cuando aún estaba en la búsqueda del camino como artista, conoció a Botero. “Llegó en el momento en que me parecía difícil realizar, alguien con quien podía hablar de mi trabajo, de mis dudas, mis luchas, una persona con la cual podía expresar las cosas más importantes de la vida. Me ha hecho regalos: su familia, y ganar mucho tiempo porque me ha ayudado a profundizar en mis técnicas. Ha sido el mejor maestro que he tenido”.

Con Botero comparten no sólo su pasión por el arte sino también por la disciplina y la perfección. Todos los días del año importan donde se encuentren –Pietrasanta, París, Atenas, Monte Carlo, New York o Bogotá– trabajan entre 8 y 9 horas al día. “Si no trabajo a diario pierdo el oxígeno, la única condición bajo la cual puedo estar creativo: La inspiración no le llega a uno sentado en la cama sino trabajando”, asegura. Botero tiene la misma rutina y en cada casa tiene un estudio. En el de Rionegro, no es tan grande pero luminoso y con enormes ventanales, aboyas en el techo, Sophia está ded-



a terminar una serie de pinturas para su próxima exposición en el Palacio de la Bolsa en Génova, Italia, adonde también llevará las esculturas que están en Cartagena. "Son ocho rotondas que se van a colgar del techo, realizadas con una técnica propia de acuarela sobre tela, similar a la del fresco, que requiere mucha precisión porque no se puede corregir nada", anota.

Luis Fernando Pradilla, galerista de Botero en Colombia, buen amigo de los dos artistas y quien llegó a Rionegro a almorzar con ellos, se incorpora a la conversación. Es el interlocutor perfecto para hablar sobre la evolución artística de Sophia. "En mi época, en Grecia las mujeres no podían tener su personalidad, su trabajo. Por eso tomé la decisión de expresarme en el arte. El arte me hizo libre. Empecé siendo figurativa, pero después de un tiempo me sentí amarrada. Lo que más me interesaba era la armonía, el ritmo, la composición en el volumen y el espacio, y en la pintura figurativa no me sentía cómoda. Así que de un día para el otro pasé a ser abstracta".

En su obra hay dos elementos fundamentales: el volumen y el color. "Tengo dos personalidades: me gustan los volúmenes, pero por el otro lado quiero simplificar. Hago las esculturas con toda la monumentalidad y después con el color hago una segunda composición". Para Sophia, lo más importante es la armonía: "la llevo dentro de mí sangre". Y se nota en su forma de ser y en su obra. Sophia tiene la virtud de inyectarle espíritu y vida a lo abstracto. En palabras del reconocido crítico de arte italiano Paolo Sgarbi: "Sophia le pone humanidad a la geometría".

Pradilla, que la conoce bien, sabe que otra de las facetas de su arte es la joyería. "Son pequeñas esculturas a partir de modelos tan complejos como los de las esculturas monumentales. La monumentalidad es cuestión de proporción y no de tamaños", afirma. Fundidas en oro, plata o ébano por los mismos fabricantes que trabajan para Cartier y Boucheron, las joyas de Sophia son piezas únicas que su hija Ileana Bouboulis (de su primer matrimonio) se encarga de comercializar. Este año, en abril, las exhibirá en la Galería Contini de Venecia.

A pesar de su natural dulzura, al hablar de arte contemporáneo no puede evitar fruncir el ceño. "El arte de hoy es efímero. El arte debe ayudar a la gente a vivir, pero ahora cuando hablas de estética y armonía, te miran como un animal de otro planeta.



*Plenitud de l'air*, una de las esculturas de Sophia Vari que estarán en Cartagena de Indias hasta el 29 de febrero.

FOTO: GALERÍA NOHRA HAIMÉ

A veces me siento sola y no aceptada porque no tengo un discurso contemporáneo", dice con cierto tono de lamento.

La grandeza de Sophia viene de ella misma. De su fuerza interior, su calidez y su manera serena y armoniosa de vivir tanto el arte como la vida; de la monumentalidad, no solo la que les imprime a sus obras, sino con la que aborda cotidianamente cada cosa que hace. Pero ser la compañera inseparable de Botero marcó sin duda alguna un hito en su existencia. ¿Que habría sido la vida sin Fernando Botero? "No sé si existe un Dios o no, pero siempre me pregunto qué he hecho para ganarme este regalo y vivir todos estos años con alguien tan excepcional como persona y como artista". Con Botero ha recorrido el mundo, museos, exposiciones, pero sobre todo un largo camino como artista y como mujer. "De él aprendí que no hay nada más importante que seguir por la dirección que toca desde el primer día, así te cueste la vida. Nuestra conversación permanente me ha hecho la artista que soy. Nunca me ha hecho sentir menos importante que él", asegura. Pero es

consciente de que está al lado de uno de los más grandes y de lo que eso significa. "Soy muy oriental de espíritu. Para mí el hombre es lo más importante. Es parte de mi feminidad, me siento feliz y segura de ir tres pasos más atrás".

Sus certezas frente a la vida, no le dejan espacio para temerle a la muerte. Sólo a perder la capacidad de crear. Y por eso, cuando inevitablemente llegue el fin, quiere estar todavía trabajando. "Pero eso sí, con la pintura ya firmada", concluye entre risas. ☺

Su grandeza viene de ella misma, de su fuerza interior y su manera serena y armoniosa de vivir tanto el arte como la vida.